

-¿Y tú, judifillo piojoso, cómo es que sabes hablar inglés? -preguntó con ferocidad el traspunte, que en el escenario también hacía de tirano y de rey Herodes-. Y, además, ¿dónde aprendiste las parrafadas de Rosalinda?

-Un señor mayor, que se llama Herbert Mortimer, vivió en esta casa.

El director dio un silbido, hundiendo sus gruesas mejillas.

-¡Nada menos! A propósito, Herbert acaba de regresar a Londres, con un buen salvoconducto.

Lo necesitaban para que hiciera el papel de César.

-¡El de César, no! ¡Ni hablar! ¡En estos tiempos y con tantos disturbios! Es una obra peligrosa...No... Lo que hará es el Moro de Venecia... Modificado, claro está, pues de todos modos es una obra endiablada... Pero hay que reconocer que Herbert no está mal, con la cara pintada de nogalina y un turbante en la cabeza....

-¡Aun así! Todos saben que su edad ya no es apropiada para besar a Desdémona.

-¡Bah! Da igual. En el teatro, la edad no cuenta, y ni siquiera en la vida.

El grueso director rubio no le quitaba el ojo de encima al niño, de quien todos parecían haberse olvidado.

-Contéstale, Orlando -le dijo Humphrey-. Ya veremos si sabe o no hacer de Rosalinda. En todo caso, es muy guapo.

-No es justo -dijo de mal humor un muchacho algo rollizo, que comía un arenque ahumado con un mendrugo de pan-. Soy yo, Aliena, quien debiera hacer de Rosalinda.

-Conténtate con seguir haciendo de Aliena, hija mía -dijo el director, a quien llamaban también «el buen duque»-. Llevas las faldas bastante mal, así que representar el papel de una muchacha que se disfraza de hombre sería para ti como dar tres saltos mortales uno detrás de otro. Es menester saber caer muy bien.

-Y, además -añadió Humphrey-, tienes demasiada cintura y sería molesto para mí sacarte a bailar.

Se sentó en sus talones, limpiándose los ojos para disimular su llanto de rendido enamorado, y luego rió e imploró alternativamente. Era un buen actor: en su papel de Orlando tan sólo era un poco más intensa y alegremente Humphrey. El niño, con los ojos brillantes de gozo, le respondió sin equivocarse. En su papel de muchacha que simula ser un varón, para consolar a un compañero de la ausencia de su amada y burlarse amablemente de él, lograba comunicar la impresión de un jugueteo entre tres personas que, por decirlo así, jugaban una contra la otra, ya que, para complicarlo todo más, la muchacha vestida de hombre amaba al joven de quien se estaba burlando y que no la reconocía, con aquellas calzas y aquel disfraz de muchacho. Había que reconocer que Herbert le había enseñado muy bien.

-Te armas un lfo -dijo Humphrey-. No te saltes lo mejor: *Hombres y mujeres ganado son de la misma especie*. Empieza otra vez.

-Lo que quieras -dijo el pequeño-, pero me hago un lfo porque Rosalinda también se lo hace...Está un poco molesta, comprendes, porque te quiere, Humphrey.

Había resuelto inmediatamente que Humphrey-Orlando merecía ser amado por Rosalinda.

-¿Y yo, entonces? -dijo uno muy pequeño, de nariz colorada, que no paraba de arroparse los hombros con una especie de toquilla de campesina-. Yo podría hacer de Rosalinda tan bien como cualquiera, si me dieran sus trapos.

-Tú eres capaz, todo lo más, de hacer de Tuchstone -dijo el director, lo que ofendió inmediatamente a un individuo mal afeitado, embadurnado de blanco, y al que no le gustaba que le recordasen su papel de bufón.

-Sin embargo, sólo yo consigo hacer reír a la gente -dijo, bravo. Y, como si quisiera dar muestras de su talento, inició una mueca que le daba el aspecto de una gárgola con la boca abierta.

-Bien -dijo el director, volviéndole la espalda al apodado Tuchstone-. Lo haces incluso muy bien. Esto es una suerte -continuó jubiloso-. ¡Y yo que pensaba tener que cambiar de obra!... Pero habrá que ver aún si está igual de bien vestido de mujer. Después de todo, es mi propia sobrina.

Humphrey se levantó para hurgar dentro de un baúl. Volvió con los brazos cargados de oropes.

-Ponte esto. No necesitas quitarte tus ropas; como eres muy delgado, se puede apreciar el efecto.

Y añadió, volviéndose al director duque:

-He cogido el traje de boda, porque es el más bonito. Así podremos apreciar mejor...

Mucho le costó al pequeño encontrar los corchetes de la amplia falda de moaré carmesí, con añadidos de tejido de plata.

-Ten cuidado: el vestido está un poco roto. Tiene el talle bajo, pero te sentará bien en cuanto te quites esa gruesa camisa que te sale por arriba...

-Algo ancho por delante -dijo Aliena con una risotada.

-Bueno, lo rellenaremos con unas servilletas. Date la vuelta.

El pequeño se volvió, complaciente, asomando el pie, calzado con un chanclo demasiado ancho, por debajo de la falda.

-¡Por vida de Dios! -exclamó el director-duque-. Ya me iba a olvidar. ¿Vives en caso de tus padres?

-Tengo una abuela.

-¿Y qué hace tu abuela?

-Recibe a muchos señores, para que bailen con sus tres sobrinas...

-No creo que sea muy difícil -dijo confidencialmente el director al traspunte-. ¿Y tu madre?

-A mi madre la ahorcaron en público -dijo con ostentación el niño, a quien aquel episodio parecía glorioso. Pensaba que su madre (de quien, por otra parte, no se acordaba, por ser muy pequeño por entonces) había muerto en un teatro muy grande.

-¿Y tu padre?

-No sé -dijo el niño-. Creo que no tengo padre.

-Todos tenemos un padre -dijo sentenciosamente Humphrey, frotándose las costillas como si recordara algunos bastonazos.

-Escúchame bien -dijo el director cogiendo al pequeño por los dos brazos-. Dios te envía. Supongo que eres judío, pero, de todos modos, ¿crees en Dios? Pues bien, anteayer el mismo día en que llegamos de Londres, Edmund -a quien llaman Edmunda- salió a dar una vuelta por la ciudad y debió querellarse con alguien. Los holandeses no bromean, y él debía haber bebido más ginebra de la cuenta. No sé quien tendría la culpa, ni la razón de todo ello, pero lo encontraron en el suelo con la cabeza rota. Y mañana necesitamos a una Rosalinda para representar la obra en casa del señor de Bréderode.

-Y después viene lo mejor -prosiguió Humphrey-. Pasaremos por Hannover, pues la Electora es inglesa, como nosotros, y quiere ver las obras que se representaban en su juventud en Londres. Más tarde, iremos a Dinamarca. Tenemos un contrato y en él nos prometen que nos darán habitaciones de verdad en las buhardillas, y además dos ocas o dos cisnes por día, con su guarnición alrededor. Y luego, si se nos antoja, iremos a Noruega y regresaremos -pasando por aquí otra vez- a la bella Inglaterra, en donde nos habrán echado de menos. ¿Quieres venir?

-Soy vuestra Rosalinda -dijo el pequeño, que seguía representando.

-Mi opinión es que más valdría no decirle nada a la vieja -dijo pensativamente el director-duque-. Tu abuela ¿te quiere mucho?

-Llevo los platos y abro las puertas.

-Bueno, pues ya encontrará a otro que abra las puertas y sirva los platos. Mañana, sal muy despacito y ven a reunirse con nosotros al apuntar el alba.

-Y ya verás cómo todos te miman -añadió Humphrey-. Las damas te besarán y te llamarán «paje mío». Te regalarán frutas confitadas. Y, en ocasiones, lo señores sacan del bolsillo alguna que otra moneda de oro. Yo he sido mujer más de una vez y sé lo que pasa. Pero desde que cumplí los dieciocho años hago de hombre.

-No por eso te privas de que te besen las damas, ni de recibir monedas de oro -dijo sombrío Aliena.

-Todo esto está muy bien, hijos míos, mas no quisiera que el pequeño se dejara embaucar y se quedase en Dinamarca, de paje de alguna Alteza -dijo el director-duque-. Si eres bueno, te llevaremos a Londres.

-Ya estuve en Londres una vez.

-Mejor aún. Te sentirás como en tu casa. No lo pierdas de vista, Humphrey. Puede que este pequeño prodigio sea una cabeza de chorlito.

Humphrey acompañó al niño hasta el patio. Lazare se paró a besarle el cuello a un caballo.

-No le digas adiós a nadie, sólo a los caballos. Además, no tienes por qué decir adiós, pues luego volveremos a pasar por aquí. Me gustaría que te quedaras a dormir con nosotros, en la sala grande, pero eso mosquearía a la vieja. Sal de tu casa muy despacito, en cuanto llegue la aurora, y ponte el traje mejor que tengas. ¿Tienes alguno? Nosotros tenemos para ti el hermoso atuendo de Ganimedes, para las escenas en que tienes que llevar calzas, pero es demasiado lujoso para ir por la ciudad. Y no cojas dinero, o sólo un poco. Tu abuela mandaría que te persiguieran.

-Ya pensé yo en ello -dijo el pequeño meneando la cabeza.

Regresó a casa corriendo. Sólo le separaban de ella unos diez pasos, pero casi era ya la hora en que debía ponerse su mejor traje para abrir la puerta. Sólo se había detenido un instante, para contárselo todo a Klem; Humphrey le había recomendado que no lo hiciera, pero estaba seguro de poder contar con Klem; se dejaría moler a palos antes de decir nada. El salón de la Loubah estaba lleno de gente. Aquella tarde se le hizo interminable. Cuando ya no quedaban más que dos o tres clientes, que habían pagado por quedarse allí toda la noche, Mevrouw Loubah atizó la lumbre en la cocina, separando los leños y alejándolos del montón de cenizas aún calientes. Lazare pensó que parecía una bruja, o un hada (también le recordaba a las Sibilas de los libros de Herbert) y que, a su manera, era muy hermosa. En el teatro, hubiera podido hacer de reina vieja.

Mientras subía, escalón tras escalón, la interminable escalera, le vino a la mente que ella jamás le había dado una bofetada, ni tampoco le había pegado nunca. Tampoco solía reprenderle, a no ser por alguno de los errores que se cometen con el propio cuerpo, como, por ejemplo, sonarse la nariz haciendo mucho ruido o salir sin peinarse. Era buena con las sobrinas -o, al menos, así se lo parecía a él- y buena con los clientes, a quienes jamás reprochaba nada, ni siquiera cuando vomitaban por haber bebido demasiado. Había sido buenísima con Herbert, a quien nunca vio darle dinero. Y recordó cómo, en una ocasión, la había visto meter, en el bolsillo de un señor que cabeceaba en una silla, la bolsa que había dejado caer. Mevrouw Loubah, no muy aficionada a los sermones, le había dicho al sorprendido niño:

-Siempre hay que ser honrado en las cosas pequeñas. Ya entenderás esto más tarde.

No, no es que fuera una mala abuela, pero él no la quería lo suficiente como para contarle que se marchaba.

Una vez en la buhardilla, sacó cuidadosamente, de entre dos vigas, su provisión de cabos de vela, y releyó todo el papel de Rosalinda, para estar más seguro de no equivocarse. «Además -pensó-, si me olvido, ya inventaré algo. Humphrey me ayudará.» Hizo un paquete con los folletos de Herbert (los libros pesaban demasiado para llevárselos) y lo metió debajo de la almohada. Apoyado sobre aquel duro paquete, durmió con un ojo abierto o, más bien, en lugar de dormir, soñó.

Fue un sueño muy largo. El sueño se refería a él, al pequeño Lazare, que conocía a cuanta gente había que conocer en Amsterdam: a los ladrones, quienes, a decir verdad, no le habían robado nunca

nada; a los borrachos, que suelen ser a menudo muy amables cuando han bebido mucho; a los pobres y a los ricos (se les distingue por la manera de vestirse); a los mendigos, que temen se les haga la competencia; a los señores jóvenes y viejos, a los que pagan por llevarle una carta a una mujer y dan además una propina cuando les traen la respuesta, sin esperar siquiera a leer lo que pone, cuando hay veces que lo que pone les hace llorar; a los que os abrazan (no se sabe por qué) en un rincón oscuro, como si quisieran romperlos, y estos suelen soltar en ocasiones monedas de plata; a los que dan dinero por cuidarles el caballo, y a veces el caballo es malo y tira coces, pero la mayoría de los caballos lo querían, y da mucho gusto sentir en la mano su saliva cuando uno les tiende el corazón de una manzana.... Y a los que siempre desconfían (suelen ser comerciantes) y os echan con un palo cuando os ven mirando durante mucho tiempo los escaparates, sobre todo los pasteleros...

Y en el sueño aparecía el niño Lazare, que había jugado con Klem, y aquel con quien Mevrouw Loubah era buena, aunque de todos modos nunca le daba un beso; pero también es verdad que jamás la vio besar a nadie, excepto a Herbert, que era muy viejo. Mas le parecía que todos aquellos pequeños Lazares estaban no muertos ni olvidados: era más bien como si los hubiera dejado atrás, como si fueran niños con quienes él había corrido por la calle.

Y su sueño también trataba de Herbert, que le había enseñado a ser otra persona. El cuarto de Herbert había contenido a un número infinito de personas distintas, y batallas, y comitivas, y fiestas de boda, y gritos de alegría y de pena como para derribar la casa, pero se gritaba a media voz, de suerte que nadie lo oía, y toda aquella multitud, entre la que se encontraban reyes y reinas, cabían holgadamente entre el baúl y la estufita. Y Herbert había desaparecido igual que en un sueño, o como los comediantes que, en ocasiones, se meten entre bastidores sin saber por qué, del mismo modo que el pequeño Lazare partiría al día siguiente con los demás actores.

Por muy pálido y cascado que estuviera Herbert, no tenía edad. Cuando quería era tan pequeño y tierno como los hijos de Eduardo, a quienes mataron en la Torre, y en ocasiones, ligero y risueño como Beatriz, que baila igual que bailan las estrellas, y en aquellos momentos tenía quince años; y otras veces, cuando lloraba su reino perdido y su hija muerta, tenía mil años de tan viejo que era. Y tampoco tenía cuerpo: cuando tanto hacía reír al pequeño Lazare haciendo de Falstaff, era gordo y seboso, con las piernas sambas, como los flejes de un tonel, y en cambio, cuando quería, era tan delgado como Jacobo el Melancólico (nadie, mañana, en casa del señor de Bréderode, conseguiría hacer de Jacobo el Melancólico como él), y era hermosa cuando hacía de Cleopatra.

También Lazare sería todas aquellas muchachas, y todas aquellas mujeres, y todos aquellos jóvenes, y todos aquellos viejos. Ya era Rosalinda. Saldría mañana de la casa de Mevrouw Loubah, llena de espejos venecianos en donde las sobrinas y sus señores se miraban desnudos. El iría vestido como de costumbre, como un muchacho, pero sería en verdad Rosalinda, cuando se disfrazó y dejó el bonito palacio del que habían echado al buen duque, su tío. Se hacía llamar Ganimedes y se marchaba muy lejos, a un bosque tan grande que, si se querían poner todos aquellos árboles en el escenario, no hubieran bastado para ello todos los sotillos y bosques de los alrededores de Amsterdam puestos unos detrás de otros.

Partía en compañía de Aliená, su buena prima (había que acordarse de ser amable con Aliena), y de un bufón pintado de albayalde, que a Lazare le daba un poco de miedo, aunque más valía no mostrarlo. Y el día de su boda con Orlando bailarían con un hermoso vestido lleno de adornos de plata (no sabía bailar, pero bastaba con saltar al compás) y tendría que poner mucho cuidado para no romper más de lo que ya lo estaba uno de los adornos de plata.

Y sería asimismo otras muchas hermosas doncellas, pero primero tendría que aprenderse de memoria todas las frases que habían dicho y no sólo unas cuantas palabras de las que se acordaba por habérselas oído a Mister Herbert, que casi las cantaba. Sería Julieta, y ahora comprendía por qué Mister Herbert, al marcharse, lo había llamado así. Sería Jessica, la judía, ataviada como las hermosas muchachas de la Judenstraat; sería Cleopatra y le daría a besar su manita a un general llamado Antonio; buscaba en vano cuál de los actores que había en la sala grande sería lo bastante magnífico para hacer de Antonio. Y después moriría como Cleopatra, a quien mató una serpiente, y confiaba en que la picadura de la serpiente no le haría mucho daño.

Cuando pasara mucho tiempo, cuando cumpliera dieciocho, o tal vez diecinueve o (¿quién sabe?) veinte años, haría como Humphrey, volvería a ser un muchacho: lucharía hombro con hombro con el salvaje que lo atacara en la liza, pero primero habría que desarrollar los bíceps y fortalecer las muñecas. Y sería Romeo, que llora a la Julieta que él recordaría haber sido antes; escalaría con facilidad el balcón, pues trepaba muy bien a los árboles del muelle.

Sería la duquesa de Malfi, que llora a sus hijos en un asilo de locos, y asimismo un día, cuando ya no pudiera ponerse los vestidos de mujer, sería uno de los malvados que las degollaban. Y sería Hotspur, el caballero de las espuelas ardientes, tan joven y tan valiente, y asimismo su mujer, Kate, que al decirle adiós se esforzaba en reír para no llorar, y Hal, tan valeroso y tan alegre, con sus joviales compañeros.

Mucho más tarde aún, cuando alcanzara una edad muy avanzada, pongamos unos cuarenta años, sería rey con una corona en la cabeza, o bien César. Herbert le había enseñado cómo debe uno caer, disponiendo debidamente los pliegues de su traje, para no enseñar indecentemente las piernas desnudas. Y sería también esas mujeres abrumadas con el peso de todas las maldades cometidas en el transcurso de su vida: una reina gorda de Dinamarca, hinchada de crímenes; o lady Macbeth con un cuchillo, o también las brujas barbudas que cuecen cosas sucias dentro de un caldero.

O bien haría de payaso, como el que gesticulaba ayer por la noche, con la cara embadumada de albayalde: hacer reír a las gentes era otra manera de gustarles y hacerles disfrutar, igual que uno les gusta y les produce deleite cuando hace de mujer, besando a alguien ante sus ojos (y a veces acuden también para que los beses a ellos entre bastidores), o (resulta extraño decirlo) muriendo ante sus ojos cuando se es joven y bella. Y más tarde, después de cincuenta años (qué largo es, cincuenta años), le darían papeles de verdadero anciano: un Orlando -que ya no sería Humphrey, pues tal vez hubiera muerto, puesto que hoy tenía dieciocho años- lo llevaría tiernamente en sus brazos con la apariencia del viejo criado Adán, con el pelo todo blanco, la piel llena de arrugas, sin dientes, sin fuerzas, pero fiel. Y sería hermoso haber sido fiel durante cincuenta años.

Y puede que, luego de haber sido Jessica, la hermosa judía risueña que se escapa llevándose los escudos, fuera el padre Shylock, el de los dedos ganchudos, y le llamaría viejo judío piojoso, igual que el traspunte le llamó a él el pequeño judío piojoso, pues tal es la costumbre. Pero debe ser duro para un viejo perder al mismo tiempo a su hija y sus escudos, y quizá, en vez de hacer reír a la gente con Shylock, la hiciera llorar.

O bien, al contrario, todo acontecería ante un mar azul o bajo un cielo color de rosa, y sería Próspero, quien, como Herbert, no tiene edad, porque es casi como Dios, y recordaría haber sido unos años antes su propia hija: Miranda la inocente, que se enamora de un hombre porque lo encuentra hermoso. Y tras haber apaciguado la tierra y las olas recitaría maravillosas palabras sobre las cosas que suceden como un sueño, en el fondo de ese sueño en que se envuelve nuestra vida (no se sabía muy bien aquel párrafo), y, cuando rompiera su varita mágica, todo habría terminado.

Y cuando ya no hubiera en las tablas ni un sitio pequeño para él, sería el que despabila las velas, el que las enciende y finalmente las apaga una a una. Pero como se sabía todos los papeles, también podría hacer de apuntador: su voz estaría, como quien dice, en todas las voces. Una fiebre de gozo se apoderaba de él al pensar que iba a ser tantas personas y a vivir tantas aventuras. El pequeño Lazare no tenía límites y, por muy amistosamente que sonriera al reflejo de sí mismo que le enviaba un trozo de espejo roto situado entre dos vigas, no tenía forma: tenía mil formas.

En todo caso era invisible aquella mañana, envuelto en la luz gris de la madrugada, cuando bajó descalzo, con sus chanclos en la mano, la escalera que había detrás de la casa de Loubah y salió afuera por la puerta de la cocina, cuya falleba había engrasado el día anterior con un poco de tocino. El cielo estaba medio gris, medio rosa. Haría una hermosa mañana.

Una vez en la calle se volvió a calzar; demasiado le estorbaba ya su mejor traje, que llevaba doblado al brazo, y los zapatos del domingo, que se había colgado del cinturón, así como el atadizo con los folletos de Herbert. En la mesa de la cocina había cinco monedas preparadas para pagar al lechero. Las cogió. Aquello no era un robo; era una oportunidad.

La calle estaba aún casi vacía; tan sólo vio a unos cuantos aldeanos que iban al mercado con las cestas llenas, y que debían haberse levantado antes de llegar el alba. Un hombre que vendía buñuelos estaba ya sentado en su puesto, para satisfacer el hambre de los transeúntes. Lazare sacó una de las monedas y se metió en la boca una rica bola caliente. Perros famélicos escarbaban en el montón de basuras que las ratas habían visitado ya por la noche; hubiera querido acariciar uno a uno a todos aquellos perros. También le hubiera gustado ayudar en lo posible al borracho que titubeaba al regresar a su casa, con riesgo de caerse en el arroyo, pero sus ropas y sus paquetes le ocupaban las manos. Y había que apresurarse para llegar a la posada.

Humphrey lo esperaba en la puerta, con una manta de caballo vieja sobre los hombros.

-Vete a vestirte en seguida. Tu traje está en el cuchitril que hay junto a la cochera. Y ten cuidado, no vayas a coger frío: el aire de la mañana pone ronco.

Y atravesando el patio le señaló un coche, al que iban a enganchar unos caballos.

-Nos lo envía el señor de Bréderode para que nos lleve a su mansión. Quiere que vayamos vestidos con nuestros trajes de teatro, porque le parece más alegre.

Y apartando las puntas de la manta vieja que le servía de capa dijo:

-Fíjate qué guapo estoy.

Y lo estaba, en efecto, con sus calzas de cuero amarillo, sus zapatos con hebillas y su casaca roja galoneada de oro. Se había dado colorete en las mejillas.

-Quítate todos tus pingos. He cogido unos calzones y unas medias de seda de mujer.

-¿Pero dónde está la falda aquella tan bonita, con añadido de plata? -preguntó el pequeño, algo desilusionado, al ver que Humphrey le ponía un vestido de terciopelo azul.

-¡Tonto! Esa es para el final, para la escena de la boda. Y para las escenas intermedias, cuando te vistas de hombre, tienes un hermoso traje negro y rosa. El jubón que traes podrá servirte para el viaje.

El pequeño, tiritando un poco en la húmeda cochera, estiró cuidadosamente sus medias de seda. Humphrey le dio un par de escaupines bordados.

-Trata de andar como si fueras una mujer, a pasos cortos. Y si los zapatos te hacen daño, te aguantas. La cintura te está muy ancha, pero tengo alfileres. He rellenado el corpiño como es debido.

Le puso al cuello un collar de vidrio y, abriendo un poco la puerta del cuchitril para que entrara la luz, le dijo:

-Estás muy linda. El pelo te quedará bien en cuanto te lo peinemos. No he cogido el colorete, pero remediamos esto en cuanto lleguemos allí. Además, tienes las mejillas rosadas. Ven conmigo, están acabando de arreglarse en la sala.

Ayudó al pequeño a meter su ropa en una bolsa.

-Puedes tirar esas chanclas tan usadas. Aunque no. Podrás ponértelas cuando llueva, para proteger tus zapatos.

En la espaciosa sala, las gentes se vestían echando pestes y lanzando exabruptos cuando no encontraban una cinta o la hebilla de un cinturón, que había sido hurtada por algún compañero. Audrey estaba ya bebido y llevaba puesta de través su cofia de aldeana. Tuchstone había añadido unos redondeles rojos a su albayalde habitual. Cubierto por completo de cadenas de oro, que le servían también para hacer de mayordomo, el duque iba de un grupo a otro con dignidad ducal. La entrada de Rosalinda obtuvo un aplauso, pero Aliena seguía de mal humor.

-Me harás el favor de no ponerle ninguna zancadilla -susurró Humphrey-. No te quito ojo de encima

Aliena, sin refunfuñar demasiado, cogió a su prima de la mano. Amontonaron baúles en el techo del carruaje y lo sacos los pusieron en el interior, para que sirvieran de cojines. El señor de Bréverode les había enviado uno de sus vehículos más desvencijados, ya que en el interior sólo figuraba un banco de listones, en el que se instaló el duque al lado de un muchacho pálido y flaco, de unos treinta años, y al que Lazare en seguida apodó: Jaques el Melancólico, pues hacía todo lo posible por tener un aspecto triste. Pero el que no hubiese bancos no era un gran inconveniente: se estaba muy cómodo sentado a la manera turca, y por el suelo del carruaje habían esparcido un montón de paja húmeda, que olía muy bien.

Hubo, empero, un incidente que obligó al duque a apearse. Discutían en el patio. El cochero, que había llegado tarde en la noche con el carruaje, había bebido jarra tras jarra de cerveza; aunque le pusieron la cabeza debajo de la pompa, no hubo manera de desembriarlo. Tumbado en las losas del patio, hinchado de bebida, parecía un babosa muerta. Pero roncaba, lo que probaba, evidentemente, que aún se hallaba vivo. Empezó a caer una lluvia menuda.

-¡Nos las arreglaremos sin él! -dijo el buen duque-. ¡Eh! ¡Jirafa!